

Cap. I.16

IX. Elecciones generales. 2004

La sorpresa llamada Zapatero

La VII legislatura comenzó muy tranquila pero terminó siendo la más dramática de todas las vividas en España. El salvaje atentado terrorista de Madrid del 11 de marzo, tres días antes de las elecciones generales de 2004 golpeó el país de tal manera que marcó no sólo los comicios, sino el devenir político y social de España de los años siguientes. La tirantez con que acabó la legislatura venía de antaño, pero el atentado y sus secuelas la exacerbaron hasta el paroxismo.

Aznar “versus” Zapatero

La mayoría absoluta del PP en 2000 auguraba una legislatura tranquila, y más o menos así fue en el principio. La economía tuvo un comportamiento claramente al alza, con un crecimiento del PIB aproximadamente del 3% entre 2001 y 2004. Este aumento de la riqueza se trasladaba casi directamente al mercado de trabajo y la tasa de paro no superó en ningún momento el 11%. El empleo aumentó la compra de pisos y se activó la construcción, apareciendo la denominada economía del ladrillo, que tiró mucho y bien de la economía nacional creando una especie de “burbuja inmobiliaria”, es decir, un aumento desmedido y circular entre oferta, precios, hipotecas y demanda que hizo que el dinero fluyera sin descanso. El número de inmigrantes, como mano de obra barata y de cotizantes a la seguridad social, tampoco paraba de crecer. El panorama en superficie era brillante. Prácticamente nadie lo discutía. Más todavía porque la

convergencia española hacia la moneda única europea había sido un éxito y en 2002 el euro se convertía en divisa corriente en todo el país.

Pero a pesar de la bonanza económica, de la mayoría absoluta, y del sosiego parlamentario, el PP no pudo evitar un progresivo desgaste en el Gobierno que le vino desde varios frentes de manera superpuesta.

En primer lugar, las crecientes malas relaciones con los nacionalistas vascos y catalanes le supusieron tensiones de importancia, por no poderse plegar a las exigencias de mayores cotas de autogobierno a partir de reformar sus estatutos. En segundo lugar, la propia gestión política de asuntos, entre 2001 y 2003, como el Plan Hidrológico Nacional, la participación española en la invasión de Afganistán, la huelga general, el hundimiento del petrolero Prestige, el accidente del avión español Yak-42, y por encima de todo, el apoyo a la invasión de Irak ya en marzo de 2003, tuvieron como respuesta fortísimas movilizaciones sociales, impulsadas por la izquierda, y que terminaron por instaurar una nueva forma de hacer oposición “agresiva”, “de calle” y de “pancarta”, como solía decir el PP, y que dejaron en evidencia ante la opinión pública, incluso ante la extranjera, no sólo un estilo de gobierno arrogante, sino una nefasta política de comunicación.

A mediados de 2003, poco antes de las elecciones autonómicas, el PSOE ya aspiraba razonablemente a convertir en votos parte de esa agitación de calle contra el PP. Tres años antes, la dimisión de Almunia en la misma noche electoral había dado paso a un congreso extraordinario, celebrado entre el 21 y el 22 de julio de 2000. Parecía que la secretaría general se dilucidaría entre José Bono y Matilde Fernández, añadiéndose algo más tarde Rosa Díez. Los tres tenían experiencia institucional y orgánica, pero el favorito era Bono, sencillamente porque la vieja guardia y los pesos pesados del partido le respaldaban. Era la mejor garantía de la continuidad del aparato y de las posiciones más centradas. No obstante en el seno del PSOE se había producido un movimiento importante en su periferia, que en el centro no se había querido

ver. El PSC de Pasqual Maragall, así como el PSOE balear encabezado por Francesc Antich, el PSA de Marcelino Iglesias y parte del socialismo valenciano coincidían en lo que se denominó el eje federalista del PSOE, que no estaban dispuestos a dar el poder al centro. Así, en medio de la pugna entre los aspirantes a secretario general que parecían tener más opciones se coló un desconocido José Luis Rodríguez Zapatero, que contaba con el apoyo de ese eje federalista amén de una parte importante del PSOE que no quería estar con ninguno de los otros candidatos, partícipes en mayor o menor medida de la derrota. Contra todo pronóstico, Zapatero acabó ganando por apenas 9 votos ante Bono.

Rodríguez, que mostraba orgulloso su condición de “rojo” –tal y como se definió en en varias ocasiones-, supo maniobrar durante los años de oposición a Aznar de forma inteligente. En primer lugar colocando al veterano Rubalcaba como portavoz del partido, en segundo lugar integrando poco o nada a sus oponentes –de hecho los fue laminando progresivamente- y, en tercer lugar, situando el PSOE tras la pancarta, al lado de todos los movimientos políticos y sociales críticos con las decisiones gubernamentales, e incluso aliándose con los nacionalistas para aislar políticamente al PP.

La estrategia de acoso contra el gobierno de Aznar funcionó muy bien, y a pesar de que las encuestas situaban al PP sensiblemente por encima del PSOE, lo cierto es que los comicios municipales y autonómicas de mayo de 2003 mostraron a un PP agotado en términos electorales, sin moverse del 37% en autonómicas y del 35% en locales y, mientras que el PSOE pasaba del 34% al 37% en autonómicas y del 34% al 35% en locales, es decir, empatando en términos porcentuales e incluso con ligera ventaja en número absoluto de votos. En términos territoriales, el PP terminó ganándole al PSOE autonomías como Baleares o Madrid y quedándose en total con siete gobiernos regionales frente a cuatro del PSOE, pero perdió Cantabria y alcaldías importantes como la de Zaragoza, lo que para muchos fue un indicio de Zapatero podía ser una amenaza real ante la esperada nueva victoria del PP.

Todo ello dibujaba un escenario preelectoral de cara a las generales del año 2004 extraño. Después del verano, la economía y los éxitos antiterroristas eran argumentos suficientes para pronosticar que el PP ganaría las elecciones, en las que, además, había cerrado filas de manera modélica ante la digitación de Mariano Rajoy como candidato en sustitución del autoexcluido Aznar. Sin embargo, los mencionados resultados electorales del 2003, junto a contestación ciudadana representada por movimientos como el “Nunca Mais” y el “No a la guerra” habían hecho alumbrar algunas esperanzas al sector del PSOE más encandilado con Zapatero. Este optimismo creció aún más con las elecciones autonómicas catalanas de noviembre del 2003, que alumbraron, tras 23 años en el poder de Jordi Pujol, un gobierno de coalición PSC/PSOE-ERC-IC al estilo del pacto balear, colocando al socialista Pasqual Maragall al frente de la Generalitat. En una comida en Palma en enero de 2003, rodeado de una decena de periodistas, había expresado su convicción de que sería presidente del gobierno al cabo de 14 meses.

La nueva estrategia de IU

En Izquierda Unida la resaca electoral de 2000 fue muy dura. Había mermado a la mitad su representación y votos y nadie dentro del partido daba crédito a lo ocurrido. En la Sexta Asamblea General de IU, celebrada a finales de año, Francisco Frutos optó esta vez al liderazgo orgánico, pero los llamados renovadores le opusieron a Gaspar Llamazares y éste consiguió una victoria por la mínima, sustituyendo a Julio Anguita como coordinador general. Desde entonces la estrategia de IU cambió radicalmente.

Llamazares asumió la necesidad de ser más pragmático y establecer alianzas regionales donde se pudiera para influir desde el poder. Se acercó, así, a Iniciativa per Catalunya-Verds, sin dejar de tener su vínculo orgánico con Esquerra Unida i Alternativa; apoyó la estrategia de pactos gubernamentales en Baleares y en el País Vasco, amén de acuerdos amplios en Asturias y

Extremadura lo que, en suma, dio un nuevo impulso a IU desde una cierta reconversión hacia una formación más ecosocialista que comunista.

Este giro le granjeó la enemistad de Frutos y del viejo aparato del PCE, amén de escisiones como la del PASOC en 2001 e Izquierda Republicana en 2002. Pero a pesar de estas minicrisis interna, en las elecciones autonómicas y locales de 2003 obtuvo, grosso modo, unos doscientos mil votos más, y aunque el 5% de apoyos no suponía ninguna recuperación respecto del desastre de tres años antes, Llamazares supo venderlo como el inicio de una mejoría de cara a las siguientes elecciones generales, y en diciembre de 2003 conseguía su reelección como coordinador general.

El PP de Matas

En Baleares, los problemas y desavenencias entre los socios del Pacto de Progreso que gobernaba la autonomía y los consejos insulares fueron patentes desde muy pronto y se incrementaron a lo largo de la legislatura. En abril del 2000 la presidenta del Consejo Insular de Ibiza, Pilar Costa, destituyó al único consejero ecologista, Joan Buades. Por otro lado, los roces entre PSOE y PSM eran constantes porque Antich intentaba acotar el espacio de los nacionalistas al imprimir a la política de sus consejeros un tinte muy autonomista e incluso pseudo nacionalista que irritaba a los del PSM. El gobierno de Madrid, consciente de estas tensiones entre la “tropa” balear no habían hecho sino empezar, comenzaron una estrategia de apoyo al PP local y de bloqueo al gobierno de Antich confiando que así se exacerbarían las disensiones. En el mes de abril Jaume Matas era nombrado ministro de Medio Ambiente y aupaba a la diputada nacional Rosa Estarás a la portavocía adjunta del Congreso, a la vez que el ejecutivo nacional cerraba el grifo a las inversiones en las Islas alegando la permanente descoordinación del multipacto de izquierdas.

Con Matas en Madrid, Jose María Rodríguez ejerció de secretario general en la sombra, trabajando sobremanera para que todas las juntas locales y por

supuesto Palma siguieran cohesionadas, cortocircuitando cualquier atisbo de crítica al presidente regional. En febrero del 2002 se archivó el caso Bitel y un mes mas tarde el caso Formentera, de tal forma que, aunque se reabrirían con posterioridad, el PP dejaba de tener asuntos judiciales que le supusieran un riesgo electoral importante. En octubre de 2002 Matas ganaba el X Congreso con el 96% de los votos y nombraba a Rodríguez secretario general. Se acaban las divergencias internas. Con Rodríguez el PP empezó una de las fases de mayor cohesión interna de toda su historia.

A pesar de que sus encuestas internas le aseguraban mayoría absoluta en las elecciones autonómicas de 2003, gracias no tanto a Mallorca sino nuevamente a Formentera, Matas siempre creyó que tendría que acabar pactando con UM. La verdad es que el PP sólo subió un punto en el total de la Comunidad, del 44% al 45%, pero ese incremento le permitió ganar efectivamente el diputado por Formentera y sumar 30 escaños: mayoría absoluta. Había perdido por la mínima Mallorca y Menorca, pero gobernaba la Comunidad, el Ayuntamiento de Palma, y el Consejo Insular de Ibiza.

Desde el gobierno regional, Matas imprimió una energía política y de gestión a su gobierno nunca vista, impulsando infraestructuras que consideraba necesarias para que Baleares no se quedara retrasada y dejando a la vez en evidencia que las fórmulas del pacto de centro izquierda habían sido ineficaces y se habían perdido inútilmente cuatro años. Es cierto que cuando la izquierda más nacionalista se recuperó del shock de la derrota, comenzaron a movilizarse de forma masiva igual que había ocurrido en toda España unos años antes, pero la rapidez con que se desarrollaban los proyectos - carreteras, hospitales, parques, escuelas... -, junto a la paz entre familias que Rodríguez había conseguido a base de que “nadie quedase fuera”, su incidencia social – excepción de Ibiza -, fue casi nula.

Las fuerzas del Pacto de Progreso

Hasta la derrota autonómica de 2003 el PSOE había vivido un ambiente de cierta tranquilidad interna, excepto por el progresivo alejamiento entre el secretario general, Francesc Antich, y el secretario de organización, Damiá Canovas. Los motivos eran muchos, pero sobre todo porque una facción del PSOE veía con recelo el excesivo entreguismo a los caprichos y desplantes de UM. No obstante ello le había supuesto unas cotas de poder autonómico nunca vistos en la organización, por lo que críticos como el propio Canovas, Antonio Garcias, Margarita Nájera o Joaquín Bellón, quedaron con pocos argumentos. Pero en los dos años siguientes los desencuentros entre Antich y Cánovas, llevaron a este último a tomar una posición cada vez más crítica, resurgiendo los resquemores contra lo que se consideraba ya sin tapujos un “exceso de nacionalismo” que podían poner en peligro una reválida en el gobierno autonómico. Y así fue. La rotunda derrota en las autonómicas de 2003 – en que sólo consiguieron un 25% del voto -, cogió desprevenidos a los altos cargos del Govern, pero previendo lo peor, prefirieron guardar las espadas hasta la celebración del congreso regional, que debía celebrarse unos meses después de las generales del 2004.

Por ello, las cosas no pintaban nada bien para el PSIB, no tanto por el incierto contexto nacional, sino sobre todo por el local, hasta el punto que Antich – en clara retirada -, pidió encabezar la lista electoral al Congreso de los Diputados y abandonar la política balear, al menos la institucional, igual que –aunque nombrado ministro- había hecho Matas tras la derrota de 1999.

Por su parte, el PSM, entre 1999 y 2003 había vivido fuertes desacuerdos con sus socios que, no obstante, intentaron que no afectaran al partido. Mateu Morro, consejero de Agricultura en el Pacto de Progreso en sustitución del dimitido Joan Mayol –a quien el propio Morro había obligado a dimitir por divergencias en la gestión política del departamento-, fue reelegido secretario general en noviembre del 2000, dejando, no obstante que fuera Pere Sampol, desde de la

vicepresidencia del gobierno autonómico, el que marcara la línea política del partido. Este relativo equilibrio de intereses funcionó razonablemente bien durante los años del Pacte, pero mudó radicalmente tras la derrota electoral de 2003.

Por un lado, un grupo autodenominado “renovador”, - que provenían de pequeñas agrupaciones locales como Vilafranca o Campos -, se opuso sin ambages a la dirección de Morro y de Sampol, provocando una creciente inestabilidad que no pararía ya hasta la escisión al cabo de unos años. Por otra parte, quizás porque las posiciones cada vez más derechistas impulsadas por Sampol, con la aquiescencia de Morro, no habían si no retraído el voto autonómico de un 12% en 1999 a un 8% en 2003, por lo que al final la dirección, presionada, optó por un radical cambio de estrategia de cara a las elecciones generales de 2004.

Así, de haber firmado un pacto electoral con CiU, que mantenía desde las europeas de 1994, el PSM pasaba a plantearse una coalición genuinamente izquierdista con IU, y que contaría además con la presencia testimonial –por su escasa aportación de sufragios- de Els Verds y ERC. Este pacto, semejante a lo que representaba, salvando las diferencias, Iniciativa per Catalunya-Verds, era precisamente la referencia por la que apostaba la Esquerra Unida de Baleares, con Eberhard Grosske y Miquel Rosselló al frente, si bien existían relativas reticencias –no tanto a la estrategia de pactos cuanto a la posibilidad de diluir el perfil propio- entre ambos. El sector de IU más ortodoxo, que de alguna forma representaba y personalizaba el exsecretario general de CC.OO. en Baleares Manuel Cámara, no quería que el sello se diluyera y terminaran con apoyos inferiores al 5%. En cambio, Rosselló y Grosske – que habían probado las mieles de ser consellers del Govern de Antich aportando apenas el 6% del voto autonómico -, primaban por encima de todo la colaboración entre todo el progresismo contra el PP, aunque fuera a costa de la identidad propia.

En el otro extremo del tablero, aislada del resto de formaciones que había conformado el Pacto de Progreso, quedaba una UM para la cual lo único que importaba era seguir detentando el poder casi en exclusiva en el Consejo Insular mallorquín, como hacía desde 1995 gracias a sus pactos a diestra y siniestra. En octubre del 2000 Antich le había dado oxígeno suficiente con la aprobación de la Ley de Consejos, que les ampliaba las competencias y las posibilidades de nombrar altos cargos, y quizás por ello, la derrota autonómica del 2003 no le supuso más preocupación que la de volver a pactar ventajosamente – esta vez con el PP -, para seguir al frente de la institución insular casi en exclusiva. A pesar de los escasos réditos electorales –en elecciones generales nunca había superado el 2% y en las autonómicas del 2003 sólo había repetido el 8% obtenido en 1999 - Maria Antònia Munar no tenía rival interno de entidad. Sí es cierto que hubo contestación por parte de un sector que, encabezado por Josep Melià Ques y Miquel Ferrer, se mostraban en desacuerdo con tanta política de conveniencia, pero presentaron una candidatura alternativa para el congreso de diciembre de 2003 y sólo consiguieron un 20% de los apoyos. Por lo que estos avatares internos no importaron en absoluto para preparar la cita con las urnas de 2004, porque como siempre, y dado sus escasos resultados, el objetivo era mantener la notoriedad y lanzando mensajes contra unos y contra otros.

Las candidaturas.

Cuando comenzó la precampaña electoral, en marzo de 2004, en el PP balear se empezaba a vivir una cierta tensión motivada por la creciente contestación en la calle a los proyectos viarios en Mallorca e Ibiza que, en palabras de la oposición, destruían el territorio. Las movilizaciones llegaron a ser importantes, pero Matas no cambió sus planes. Nunca creyó que fueran a suponerle ningún peligro real, y mucho menos para unas elecciones que, como las nacionales de 2004, venían con todo el viento a favor. De hecho, nadie rechistó cuando la diputada autonómica María Salom fue la ungida como cabeza de lista al Congreso, mientras que al Senado resaltaba la candidatura por Mallorca del ex alcalde de Palma Joan Fageda. La lista continuaba en el Congreso con Enrique

Fajarnés que había sido senador por Ibiza, Juan Salord y Miguel Angel Martín Soledad, mientras que a Fageda le acompañaba su antiguo compañero en el Ayuntamiento de Palma Carlos Ripoll, así como José Seguí por Menorca y Antonio Marí por Ibiza.

La placidez en la confección de las candidaturas del PP tuvo su parangón en las del PSOE, igualmente tranquilas para lo que habían sido legislaturas anteriores. Francesc Antich quiso ser el número 1 y lo fue. Para sus acólitos era perfecto porque todo lo que hacía estaba bien, y para sus críticos porque, como ya se sabe, a enemigo que huye puente de plata, y de hecho estaban todos esperando a que se fuera para forzar una completa renovación en el congreso de unos meses después. Quizás por ello, y antes de que las aguas se salieran del cauce, Teresa Riera aseveraba en una entrevista en Última Hora en febrero de 2004 “El liderazgo de Antich es indiscutible”. Todo un aviso a navegantes. A Antich le acompañaban en la lista María Gracia Muñoz de Menorca, José Ramón Mateos de Ibiza e Isabel Oliver de Mallorca, mientras que al Senado presentaron a los moderados Joaquín Antonio Bellón y Juan Mesquequida, éste último exconsejero de economía en el Govern de Antich.

UM presentaba como cabeza de lista al Congreso a un ejecutivo de confianza de Maria Antònia Munar, Josep Lliteres, entonces director insular de Cultura del CIM, un antiguo activista vecinal de izquierdas reconvertido al derechismo nacionalista. Su objetivo, ya dicho, no era obtener un escaño –misión imposible- sino usar tácticamente los comicios para publicitar que el único partido realmente nacionalista era UM, dado que el PSM había pactado con los “comunistas españoles”. Las urnas eran, además, la oportunidad para venderse como el único partido que “moderaba” a derecha e izquierda “por el bien de Mallorca”, tal y como la propaganda propia pretendía hacer creer.

Esta vez el PSM apostó fuerte por romper el bipartidismo. El viejo proyecto de que toda la izquierda al margen del PSOE pudiera acudir unida a unas elecciones generales se consolidó a finales de 2003 bajo el nombre común de Progressistes

per Balears, encabezando la candidatura Nanda Ramón, del PSM, seguida por Manuel Cámara, de EU, quienes actuaban a modo de tándem dirigente del experimento, que quedaba completado con ERC y Els Verds de Mallorca y Menorca. Tácticamente, la marca representaba con bastante nitidez el contenido programático de su propuesta, pero a nivel de marketing electoral su venta era mucho más difícil. ¿Identificaría el electorado su oferta conjunta?, ¿se llevarían votos de otros partidos?, ¿restaría votos de los partidos integrantes?. Las preguntas no eran fáciles de contestar, aunque un cálculo rápido daba para el optimismo ya que si se sumaba lo obtenido por los integrantes en las dos anteriores elecciones, sus apoyos oscilaban entre el 12% del 2000 y el 16% de 1996, además de que el aumento de población había aumentado un diputado por Baleares lo que en teoría hacía más asequible quedarse con al menos uno de ellos.

La campaña

El debate político a finales de 2003 e inicios de 2004 fue siempre en clave nacional. Cada vez había menos espacio y menos oportunidades para hacer llegar la voz autonómica a unas elecciones generales. A diario se producían rifirrafes dialécticos por la participación de España en la guerra de Irak, la nefasta gestión del Prestige, la arrogancia de Aznar o las reformas estatutarias, que Zapatero supo integrar en su discurso hasta el punto de anunciar su famosa frase en un acto electoral en Barcelona: “apoyaré la reforma del Estatuto que apruebe el Parlamento catalán”.

Aunque el PP intentó llevar las agendas de campaña hacia la recuperación económica y los éxitos contra ETA, el PSOE sabía zafarse de ambos temas barriendo para casa. “ETA forma parte del programa oculto del tripartito catalán”, decía Javier Arenas, del PP, el 2 de febrero, después de conocerse que el número 2 del ejecutivo catalán, Carod Rovira, de ERC, se había entrevistado en el sur de Francia con dirigentes etarras. “El PSOE está inhabilitado para gobernar España porque es rehén de sus pactos” insistía al día siguiente Mariano Rajoy

haciendo referencia a ERC. Pero Zapatero replicaba el mismo día 3 “Que Rajoy explique las mentiras (de Aznar) en Irak”, para continuar el 4: “sacaré a España del trío de las Azores”, y el día 7: “estoy harto de las insidias y mentiras del PP con Irak y Cataluña”... Y así, cada día.

En ese ambiente preelectoral, los temas isleños eran inexistentes. La coalición Progressistes lo tenía mal para hacerse notar, ni siquiera conseguía que temas propios, ideales para recoger votos, como la típica destrucción del territorio, el abandono de la comunidad o la falta de sensibilidad por la cultura propia, cuajaran. Era todo tan en sentido nacional, que incluso el PSOE ni siquiera colgó fotos de Francesc Antich en las banderas electorales. El periodista Juan Torres Blasco titulaba en Última Hora el 7 de febrero de 2004 “estas elecciones son más en clave nacional que nunca”. Y así era. PSOE contra PP o viceversa. Un ambiente extremadamente nocivo para las expectativas de Progressistes.

Mientras que el PSOE presentaba en Madrid el día 12 de febrero su chocante lema, “ZP presidente”, que tanta fortuna hizo, en Palma sus compañeros de partido aseguraban en rueda de prensa tener 250 voluntarios que “se patearán las calles” de las poblaciones isleñas “buscando el voto para Zapatero y para Antich”. Por su lado, cuando el día 14 el PP presentaba en Madrid su programa electoral nacional, con un Aznar acompañando al candidato Rajoy que prometía que se “activarán medidas jurídicas si en algún lugar se vulnera la Constitución”, en Palma al día siguiente el líder del PP vasco Jaime Mayor Oreja aseguraba que “nos enfrentamos al desafío nacionalista y los actores son ETA, PNV y ERC”. Aseveración que mereció el aplauso de los más de 1.000 congregados en el Conservatorio palmesano. Eso era lo que importaba.

Progressistes intentó entrar al trapo del debate general, y tanto Nanda Ramón como Manuel Cámara abundaron en opiniones sobre cuestiones nacionales e internacionales, pero sus esfuerzos no podían romper la muralla bipartidista que era aquella campaña. Tampoco UM pudo entrar en el debate, tan agobianate para los nacionalistas. Reunía el día 7 de febrero a unos 150 fieles en Montuiri,

a los que *María Antònia Munar* arengó cargando contra el PSM: “UM es la única opción para que Mallorca tenga voz en Madrid (...) El PSM se ha equivocado pactando con partidos que no son nacionalistas”, ergo “solamente nosotros somos una opción mallorquinista”. La táctica era la de siempre: repetir una vez y otra que el PSM no es genuinamente nacionalista y sembrar un estado de opinión de cara a las autonómicas en que UM pudiera presentarse como la única fuerza realmente preocupada por los asuntos isleños.

El PSM no entró al trapo y se dedicó a impulsar su nueva apuesta estratégica de unión izquierdista. El 8 de febrero presentaba una plataforma de intelectuales que daban apoyo a *Progressistes*, entre los cuales aparecían el pianista *Joan Moll*, el escritor *Miquel López Crespí*, el historiador *David Ginard* o el profesor y ex político *Joan López Casasnovas*. Y por su parte, el grupo ecologista *GOB* organizaba una manifestación, el 15 de febrero en *Palma*, tras el eslogan “*Qui estima Mallorca no la destrueix*”, donde miles de ciudadanos lanzaron consignas en contra de las autovías y carreteras anunciadas por el gobierno de *Matas* pero también por el Consejo Insular de Mallorca presidido por *María Antònia Munar*.

La izquierda intentaba, y especialmente el *PSOE*, canalizar esta creciente tensión de calle, a la que había que añadir las grandes concentraciones contra la guerra de Irak de meses anteriores. En el *PP*, por el contrario, confiaban en que no se tradujera todo ello en un castigo en las urnas y que los españoles alargarían el ciclo electoral del *PP* al menos una legislatura más.

En *Palma* se fueron celebrando los actos centrales de la campaña con la llegada de los grandes líderes nacionales. *Mariano Rajoy* congregaba el día 28 de febrero en el polideportivo de *Son Moix* a una espectacular afluencia de más de 6.000 personas que escuchaban entusiasmadas como prometía, entre otras cosas, que “yo no juego a la ruleta, no yo engaño a nadie, no me voy a coaligar con gente rara”, en alusión a *ERC* y a otros nacionalistas. El día 2 de marzo llegaba el candidato de *IU* *Gaspar Llamazares*, que reunió en *Palmanova* a 500 seguidores: “Reivindico un gobierno como el que tuvo Baleares (el Pacto de Progreso) como alternativa al gobierno absolutista si gana el *PP*”. Y el día 4

atterrizaba ZP –así le llamaba ya casi todo el mundo- y en Son Moix reunía a casi tanta gente como Rajoy, unas 5.000. Una sorpresa. El socialista fascinaba con su “nuevo talante” y frases muy bien pensadas para el impacto televisivo como “lo que está en juego es elegir entre un gobierno opaco y caduco y uno transparente y progresista”. En el mismo acto el candidato balear, Antich, reclamaba a su vez “un presidente que no mienta” para España. Una frase, salida del gabinete electoral socialista, que unos días después haría fortuna aunque por motivos bien diferentes.

A pesar de la tensión, nadie dudaba que el PP ganaría. El excelente marketing de campaña impuesto por ZP hacía pensar que el resultado sería más ajustado que el que auguraban las encuestas y llegó a instalarse la idea de que el PP podría no renovar la mayoría absoluta, pero no había motivos para pensar que el PSOE superara en votos al PP, cuyo promedio hasta la campaña electoral se había mantenido en un 42% frente al 37% para el PSOE, es decir, el mismo resultado que en el 2000. Última Hora lo veía así el último fin de semana de campaña: “los sondeos coinciden en que el PP no tiene garantizada la mayoría absoluta”. Ese sábado y domingo fueron frenéticos. Los dos partidos mayoritarios parecían ser consciente de que la mayoría absoluta se dilucidaría por muy poco. De ahí la actividad cada vez más intensa. En Baleares, el último domingo de campaña, PP, PSOE, Progressistes y UM protagonizaron más de 30 actos en Mallorca. Un frenesí espectacular.

El 11-M

En la mañana del 11 de marzo, tres días antes de las elecciones, una serie de bombas explotan en varios trenes de cercanías y mueren 191 personas, además de provocar miles de heridos. Tras el caos informativo de los minutos siguientes, la lectura política del atentado se hace patente enseguida: Aznar se muestra convencido de la autoría de ETA. Sin embargo Arnaldo Otegui, jefe del brazo político terrorista, la rechaza, casi a la vez que el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno británico, Jack Straw, apuntaba a la posibilidad de

terroristas yihadistas. En apenas unas horas, las posturas se radicalizan espectacularmente, entre los que defendían la autoría etarra, con el gobierno a la cabeza, y los partidarios de una autoría islamista, cada vez más convencidos que era una respuesta a la intervención española en la guerra de Irak. El ministro del Interior, Ángel Acebes, en una tensa comparecencia informativa, llegó a tildar de “miserables” a los que dudaba de la versión del gobierno, mientras la izquierda en bloque, convocada a través de sms, comienzan una cadena de protestas y manifestaciones ante las sedes del PP al grito de “queremos saber la verdad” y “los españoles se merecen un gobierno que no mienta”. Rajoy, alarmado ante el sesgo que tomaban los acontecimientos, cometió la torpeza de convocar una rueda de prensa para atacar al PSOE, lógicamente contestada por otra de Rubalcaba que aún subió más los ánimos de la izquierda. El día de supuesta reflexión, fue tan tenso, bronco y delirante, lleno de manifestaciones y opiniones a cual más dura, que incluso corrieron rumores interesados de que el gobierno podría suspender las elecciones.

A pesar de todo, el día siguiente transcurrió con disimulada normalidad, entre el silencio del gobierno preparándose para lo peor y la satisfacción de la izquierda por haber conseguido difundir, en apenas cuarenta y ocho horas la sensación de que la culpa de la matanza había sido del gobierno del PP por el apoyo a la guerra de Irak, y que éste había intentado mentir a los españoles. Así, mientras transcurría la jornada electoral y la lista de heridos y fallecidos seguía aumentando, España entera seguía sin asimilar exactamente lo ocurrido con un mínimo de claridad, y lo que para muchos conservadores iba a ser una victoria cierta, más o menos cercana a la mayoría absoluta, se estaba convirtiendo en un drama político y social de consecuencias insospechadas.

Los resultados nacionales

Poco antes de iniciarse el recuento, en las sedes de los partidos ya supieron que la participación había sido muy alta. O lo que es lo mismo, un claro síntoma de que la izquierda más reacia al voto esta vez había acudido a las urnas, y que

ello iba a trastocar todas las previsiones demoscópicas. Los primeros resultados a pie de urna así lo confirmaron, adelantando incluso que el PSOE podría haber sacado más votos que el PP. Las dos horas siguientes fueron de una tensión y expectación electoral y política jamás vista en España.

A las diez de la noche, al fin, se confirmó el inesperado vuelco electoral: el PSOE ganaba las elecciones con el 43% de los votos, seis puntos más de lo decían las encuestas, y el PP obtenía un 38%, unos cuatro puntos menos. Izquierda Unida se quedaba en un discreto 5%. Mucho se habló durante los años siguientes sobre el verdadero impacto de aquellos tres días del 11-M en los resultados electorales. Según la información demoscópica disponible en los partidos hasta el día D, sin el atentado el PP hubiera efectivamente ganado las elecciones, pero con menos margen en relación al PSOE que los cinco puntos porcentuales que decían las encuestas, posiblemente no más de tres. ¿Cómo explicar entonces los ocho puntos de diferencia entre lo esperado y el resultado final?. Visto en perspectiva, la movilización generada no fue tan extraordinaria como muchos expertos en su día aseguraron. Con el 76% de participación -la media de todas elecciones era entonces precisamente del 76%-, hubo un incremento de siete puntos respecto de la tasa anterior, lo que en términos comparados puede considerarse normal ante la oscilación promedio hasta ese momento, que era exactamente de siete.

Pero tal y como suele ocurrir, los incrementos y decrementos de la participación suelen afectar en mayor grado a un solo partido, y así, sumando los dos millones ochocientos mil votantes de más que hubo a los quinientos mil que perdió el PP, casualmente suman algo más de tres millones que fue lo que subió el PSOE. Dicho de otra manera, las amplísimas movilizaciones despertaron a votantes progresistas de su aletargamiento, pero no supusieron casi ninguna fuga del PP al PSOE, ni siquiera del PP a la abstención, lo que una vez más probaba la altísima fidelidad del voto conservador a pesar de la extraordinaria situación, así como la también altísima volatilidad del voto progresista, esta vez si, activado de manera masiva. Por último, IU, que había estado igual de activa o más que el

propio PSOE en cuanto a su enfrentamiento con el PP, sólo ganó unos veinte mil votos.

Los resultados en Baleares

El atentado tuvo un efecto en Baleares similar al descrito para toda España. La participación subió ocho puntos, del 61% al 69%, pero al igual que lo dicho para el nivel nacional, el dato no fue tan extraordinario como desde algunos medios se quiso hacer ver, ya que por un lado el promedio de participación era hasta ese momento del 70%, sólo un punto más, mientras que el promedio de todas las oscilaciones era de 8 puntos, exactamente lo mismo.

Elecciones generales 2.004 en Baleares. Resultados al Congreso										
	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.
Censo electoral	687.789	540.437	60.824	72.359	4.635					
Voto emitido	473.481	378.369	41.630	48.039	3.013	68,8	70,0	68,4	66,4	65,0
Voto nulo	3.362	2.633	318	363	34	0,7	0,7	0,8	0,8	1,1
Voto en blanco	9.073	7.168	844	1.014	35	1,9	1,9	2,0	2,1	1,2
TOTAL CANDIDATURAS	461.046	368.568	40.468	46.662	2.944	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
PP - PARTIDO POPULAR	215.737	173.543	17.743	21.996	1.285	46,8	47,1	43,8	47,1	43,7
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	185.623	145.173	16.813	21.468	1.418	40,3	39,4	41,6	46,0	48,2
PSM-EN,EU,EN, ESQUERRA UNIDA,E.VERDS,ERC	40.289	33.192	4.586	2.136	204	8,7	9,0	11,3	4,6	6,9
UM - UNIO MALLORQUINA	10.558	10.397	9	5	-	2,3	2,8	0,0	0,0	0,0
GVE - GRUPO VERDE EUROPEO	2.662	1.891	212	481	20	0,6	0,5	0,5	1,0	0,7
CENB - CIUDADANOS EN BLANCO	1.588	1.113	306	161	4	0,3	0,3	0,8	0,4	0,1
ASI - AGRUPACION SOCIAL INDEPENDIENTE	1.237	1.050	16	164	-	0,3	0,3	0,0	0,4	0,0
IR - IZQUIERDA REPUBLICANA	825	641	101	69	3	0,2	0,2	0,3	0,2	0,1
UCM - UNIO CENTRISTES DE MENORCA	751	185	546	10	1	0,2	0,1	1,4	0,0	0,0
UPB - UNION DEL PUEBLO BALEAR	411	294	39	39	5	0,1	0,1	0,1	0,1	0,2
TD - COALICIO TREBALLADORS PER LA DEMOCRACIA	407	338	26	19	1	0,1	0,1	0,1	0,0	0,0
FE DE LAS J - FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS	325	257	33	28	1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,0
FE - LA FALANGE	272	229	15	24	2	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1
DN - DEMOCRACIA NACIONAL	227	157	15	46	-	0,1	0,0	0,0	0,1	0,0
MSR - MOVIMIENTO SOCIAL REPUBLICANO	134	108	8	16	-	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Diputados electos: María Salom, Enrique Fajarnés, Juan Salord, Miguel Angel Martín (PP), y Francesc Antich, María Gracia Muñoz, José Ramón Mateos e Isabel Oliver (PSOE)										

Elecciones generales 2.004 en Baleares. Resultados al Senado			
Isla	Partido	Senador	Votos
Mallorca	PP	JUAN FAGEDA AUBERT	164.538
Mallorca	PP	CARLOS RIPOLL Y MARTINEZ DE	156.284
Mallorca	PSOE	JOAQUIN ANTONIO BELLON MARTINEZ	134.208
Menorca	PP	JOSE SEGUI DIAZ	17.053
Eivissa-Formentera	PP	ANTONIO MARI MARI	22.923

Los resultados fueron sin embargo paradójicos. Si bien en porcentaje el PP bajó ocho puntos respecto de las anteriores elecciones generales -del 55% al 47%- y el PSOE subió diez -del 30% al 40%-, los números absolutos revelaban otra realidad algo más compleja. Ya se ha indicado que las oscilaciones de la participación afectan a todos los partidos pero siempre a uno de manera más intensa. En este caso el PSOE fue el más favorecido, ya que subió setenta mil votos, pero el PP también elevó sufragios, exactamente tres mil. Esta observación no es menor, ya que en contra de lo ocurrido a nivel nacional en que el atentado había hecho perder votos al PP, en la Islas quedó confirmado no sólo que los había incrementado sino que, a pesar del contexto electoral tan atípico, el comportamiento diferencial entre los votantes de Baleares y los del resto de España seguía la misma tónica que en elecciones anteriores, es decir: el PP seguía aventajando al PSOE por una nada despreciable brecha de siete puntos, además de que seguía mucho más fuerte que el nacional -nueve puntos más-, y el PSOE algo más débil -tres puntos menos-.

Comportamiento de voto a un lado, la realidad es que de los 5 a 2 escaños a favor del PP del año 2000, y del 5 a 3 esperado por las encuestas -los diputados asignados a Baleares aumentaron de 7 a 8 por el aumento de población-, se pasaba a un empate a 4. Pero por otro lado, este aumento a 8 actas hizo que se rebajara la exigencia matemática para repartir el último de ellos, y del 12% de otras elecciones se pasó a un teórico 11%, que incluso podría haber sido del 10% si el PSOE hubiera obtenido un punto menos. Este dato teórico revela que la coalición Progressistes per Balears, que en su tercera posición obtuvo algo más 40.000 votos - casi un 9% , quedó a menos de un punto – unos 5.000 votos -, de obtener el gran sueño. La vez que una tercera candidatura ha estado más cerca de conseguir escaño al Congreso.

Sin duda Progressistes fue también perjudicada por una polarización bipartidista que había mostrado una progresión espectacular. Del 75% en 1986 al 82% en 1996 y de éste al 87% en 2004. Quedaba claro, una vez más, que la

alta competitividad entre PP y PSOE elevaba la movilización diferencial de ambos, dejando sin opción a cualquier tercer opción que intentara colarse en la contienda.

La clave derecha-izquierda sí que presentó cambios significativos, resolviéndose con casi un empate al 50%, evitado sólo por unas décimas a favor del segmento derechista (PP, UM, ASI, Unió Centrista de Menorca, Unió des Póblé Báleá, Falange de las Jons, FE-Falange, y Democracia Nacional). El peso del voto nacionalista fue en esta ocasión de cómputo muy difícil, ya que si bien en Progressistes había una parte importante de nacionalismo (PSM), también lo había de aportación no nacionalista (EU-IU), lo que deja el cálculo en una horquilla razonable del 9% considerando también a UM y a Unió Centrista de Menorca. Quedaba claro era que el nacionalismo con el PSM quizá era poco, pero sin él, no era nada.

Los diez puntos que subió el PSOE tuvieron lógicamente su correlato en la distribución municipal del voto, pues ganó en diecisiete municipios cuando cuatro años antes no había ganado en ninguno. Obtuvo excelentes registros por encima del 46% en Eivissa, Es Castell, Sant Antoni de Portmany, Formentera, Lloseta, Capdepera, Sant Josep de sa Talaia y nuevamente Calvià. El PP por su parte obtuvo los mejores resultados en Sant Joan de Labritja, Escorca, Sa Pobla, Campos, Muro, Valldemossa, Santa Margalida, Llubí, Estellencs, Ariany, Santanyí y Santa Eugènia, en todos ellos con más del 53%. La coalición Progressistes no ganó en ningún municipio, si bien sumó entre el 20% y el 30% en Campanet, Petra, Vilafranca de Bonany, Sant Joan y Llubí. Por último, los bastiones de UM, entre el 10% y el 30%, fueron nuevamente Costitx, Ariany, Banyalbufar y Porreres.

...

Aquellas elecciones dejaron un extraño regusto en todas las formaciones. Desde luego por el shock del atentado, pero también por unos resultados que sorprendieron a casi todos, y sobre todo al principal damnificado, el PP. Y

además, esta sentencia en forma de votos iba a marcar profundamente los ocho años siguientes en todo el país y también en Baleares.

El PP, aunque estaba gobernando la Comunidad Autónoma, recibía un severo aviso de que podría complicársele todo su futuro electoral. Y el PSOE, a pesar de estar en la oposición y con su líder local transportado a un cómodo escaño del Congreso, encontraba en el nuevo líder nacional, Zapatero, el optimismo necesario para pensar que podrían volver a gobernar en la Islas.

Pero más allá de la coyuntura, los comicios de 2004 seguían confirmando la solidez del bipartidismo en Baleares, conformado por una clara preponderancia conservadora ante una endémica infrarrepresentación socialista. Y si bien es cierto que la confluencia de PSM-EU/IU en el experimento de Progressistes quedó cerca de romper esta consistencia PP-PSOE, las diferencias políticas e ideológicas en su seno eran tantas –como a la postre se demostró al cabo de pocos años- que aquello terminó siendo flor de un día, o, mejor dicho, de unas elecciones.